

de Mendoza, que años adelante fué cardenal y arzobispo de Burgos. No accedió á sus instancias Ignacio, y habiendo mandado á sus compañeros continuar en Salamanca mientras él les buscaba algún modo de subsistir en París, se dispuso inmediatamente á la jornada. Cargó un asnillo con sus libros y cartapacios, y unos veinte días después de haber salido de la cárcel, tomó el camino de Barcelona (1). Llegado á esta ciudad, comunicó con sus amigos el pensamiento que tenía de dirigirse á París. Disuadiéronle ellos, representándole las hostilidades que entonces había entre España y Francia, y los peligros á que se exponía caminando solo y tan desamparado. Ignacio, que nunca se detuvo en sus planes por el miedo, siguió adelante con su idea. Como le vieron tan resuelto, dejáronle partir, auxiliándole con limosnas, entre las cuales le dió Isabel Rosell una letra de 25 escudos para París. Con estos socorros encaminóse nuestro santo Padre á la capital de Francia, donde entró el 2 de Febrero del año 1528 (2).

7. Lo primero que se le ofreció en París fué la dificultad para mantenerse, como él lo había previsto de antemano. Cuando llegó á la célebre universidad, todo su caudal era el jumentillo que llevó cargado con libros y cartapacios, y la letra de 25 escudos que le dieron en Barcelona. Cobró esta cantidad en París, y la dió á guardar á un español que se alojaba en la misma posada donde él se albergó. El tal español le gastó luego el dinero, y no tenía con qué pagarlo. Esta desgracia puso á nuestro Padre en el último extremo, y al fin de la cuaresma de 1528 hubo de acudir al medio de subsistencia de que se servían los estudiantes pordioseros, cual era buscar alojamiento gratuito en algún hospital, y pedir de puerta en puerta su ordinario sustento. He aquí cómo explica Ribadeneira con clásica sencillez los apuros económicos de San Ignacio en París: «Le fué necesario pedir en limosna de puerta en puerta lo que había de comer. Lo cual, aunque no le era nuevo, y en pedir como pobre hallaba gusto y consuelo, todavía le era grande embarazo para sus estudios, y especialmente le estorbaba el vivir tan lejos de las escuelas como vivía.

(1) Cámara, *Vida del P. Ign.*, c. vii. No hemos podido averiguar ni cuándo entró Ignacio en Salamanca, ni cuándo salió. Ninguno de los biógrafos primitivos indica estas fechas, y sólo aproximadamente podemos calcular cuánto tiempo duró la permanencia de Ignacio en Salamanca. Á los diez ó doce días de llegar le convidaron á comer el domingo próximo los dominicos (Polanco, p. 37); con ellos estuvo tres días; pasó después veintidós días en la cárcel, y salió de Salamanca, según Cámara, quince ó veinte días después. Debió, pues, estar Ignacio en Salamanca, unos dos meses.

(2) *Cartas de San Ignacio* t. 1, p. 4. Cámara, *Vida del P. Ign.*, c. vii.

Porque comenzándose las lecciones en invierno (como es uso en París) antes del día, y durando las de la tarde hasta ya de noche, él, por cumplir con el orden del hospital y con sus leyes, había de salir á la mañana con sol, y volver á la tarde con sol, y con esto venía á perder buena parte de sus lecciones.

»Viendo, pues, que no aprovechaba en los estudios como quisiera, y que para tanto trabajo era muy poco el fruto que sacaba, pensó de ponerse á servir algún amo, que fuese hombre docto y que enseñase filosofía, que era lo que él quería oír, para emplearse en estudiar todo el tiempo que le sobrase de su servicio..... Nunca pudo hallar tal amo, aunque con gran diligencia y por medio de muchas personas lo buscó. Y así, por consejo de un amigo suyo religioso, después de haberlo encomendado á Nuestro Señor, tomó otro camino que le sucedió mejor.

»Íbase cada año de París á Flandes, donde entre los mercaderes ricos españoles que en aquel tiempo trataban en las ciudades de Brujas y Amberes, recogía tanta limosna, con que podía pasar pobremente un año la vida, y con esta provisión se volvía á París, habiendo, con pérdida y trabajo de pocos días, redimido el tiempo que después le quedaba para estudiar. Por esta vía vino á tener los dos primeros años lo que había menester para su pobre sustento. Y al tercero pasó también á Inglaterra, para buscar en Londres esta limosna, y hallóla con más abundancia. Pasados los tres primeros años, los mercaderes que estaban en Flandes, conocida ya su virtud y devoción, ellos mismos le enviaban cada año su limosna á París, de manera que no tenía necesidad para esto de ir y venir. También de España le enviaban sus devotos algún socorro y limosna, con la cual y con la que le enviaban de Flandes podía pasar más holgadamente, y aun hacer la costa á otro compañero» (1).

8. Con esta penuria y estrechez hizo los estudios; pero este trabajo era el menor, puede decirse. La dificultad más grave consistía en los mismos estudios, dada la edad y las condiciones de Ignacio. Cuando llegó á París, ya llevaba el santo cuatro años de estudio y estaba en los treinta y siete de su edad. ¿Qué plan seguiría en adelante? Pues ya tenía sabida la gramática, ¿no bastaría un breve curso de teología moral, para recibir las sagradas órdenes, y trabajar en provecho de los prójimos? No lo entendió así nuestro Padre San Ignacio, y deseando estudiar sólidamente y llevar hasta el cabo la carrera ecle-

(1) *Vida de San Ignacio*, l. II, c. I.

siástica, examinó los yerros que había cometido en sus estudios, y determinó enmendarlos. Moderó su celo de aprovechar á los prójimos, y se dedicó casi del todo á los libros. Como había perdido tiempo en Alcalá con el afán de aprender muchas cosas á la vez y por el mal método en sus estudios, volvió como á empezar la carrera, y desde Febrero de 1528 hasta el verano de 1529 repasó detenidamente la gramática y letras humanas, asistiendo al colegio de Monteagudo. En este año de 1529, ignoramos en qué día, pasó á vivir en el colegio de Santa Bárbara, donde había de encontrar sus compañeros estables y los hombres con quienes había de fundar la Compañía de Jesús.

9. El 1.º de Octubre de este mismo año (1), día en que se abrían los cursos de la universidad, empezó la filosofía, y la continuó paso á paso durante tres años y medio. Tomó el grado de licenciado el 13 de marzo de 1533 (2). Tranquilo vivió en todo este tiempo, sin más percances que el conflicto con el Dr. Govea, que en cierta ocasión le quiso dar públicamente azotes; pero luego, reconociendo la inocencia del santo, le perdonó y honró sobremanera (3). Dos años después, á instancia de algunos amigos, y sin duda porque lo creyó conveniente para el debido decoro de su persona, tomó el grado de maestro en artes ó filosofía. Puede verse en los Bolandos (4) su título de maestro, que lleva la fecha de 14 de Marzo de 1534. La teología la había empezado ya en octubre de 1533, pero hubo de interrumpirla, poco antes de terminar el segundo año, por las continuas enfermedades de estómago que le aquejaban, y que le obligaron á volver á su país en la primavera de 1535 (5). Un año después, hallándose en Bolonia, intentó continuar la teología, mientras esperaba á sus compañeros de París, que como veremos, habían de pasar á Venecia, para dirigirse con él á Tierra Santa; pero luego hubo de dejar los libros, ya por falta de salud, ya porque sus compañeros venían antes del tiempo

(1) Cámara, *Vida del P. Ign.*, c. VII.

(2) Cf. Bolandos. *Acta Sanct. De S. Ign.*, § XVII, y *Cartas de San Ignacio*, t. I, p. 24.

(3) Véase este curioso episodio en Ribadeneira, *Vida de San Ign.*, l. II, c. III.

(4) *Acta Sanct. De S. Ign.*, § XVII. Nótese que en ese párrafo el grado de licenciado lleva la fecha de 1532, y el de maestro la de 1534. La razón es porque el año se contaba entonces desde la Encarnación (25 de Marzo), y así, el 13 de Marzo, que en el actual modo de contar pertenece al año 1533, pertenecía entonces al fin del año 1532. Lo mismo se diga de la otra fecha 14 de Marzo de 1534, la cual, según el modo moderno de contar, pertenece al año 1535.

(5) También traen los Bolandos (*Ibid.*, § XVIII) el testimonio de que Ignacio estudió año y medio de teología en París.

señalado (1). Los estudios de San Ignacio pudieron darse por terminados en Abril de 1535, cuando de París se partió para Guipúzcoa. Recapitulando la serie de sus cursos escolares, vemos que empleó dos años en estudiar la gramática en Barcelona. Cerca de otros dos años se le pasaron en Alcalá y Salamanca, con poco provecho para sus estudios, por las continuas persecuciones que le hostigaron. Desde Febrero de 1528 hasta Abril de 1535 estudió en París, el primer año y medio la gramática, los tres y medio siguientes la filosofía, y los dos últimos no completos la teología. Gastó, pues, nuestro santo Padre once años enteros en sus estudios, desde la cuaresma de 1524 hasta Abril de 1535.

10. Y ¿cuánto aprendió con todo este trabajo? ¿Llegó á ser un hombre doctísimo, como lo ha dicho alguno de sus biógrafos? No. El P. Laínez, que le conocía mejor que nadie, dice en su carta á Polanco estas palabras: «Cuanto al estudio, aunque tuviese más impedimentos que los otros, todavía tuvo tanta diligencia y tanto provecho ó mayor, *caeteris paribus*, que los otros de su tiempo, viniendo á mediocres letras, como mostró en responder públicamente y platicando en el tiempo de su curso con sus condiscípulos.» Llegó, pues, San Ignacio á adquirir una decente medianía en letras, y nada más. Lo que principalmente aprendió nuestro santo Padre en sus estudios, fué la sabiduría práctica para dirigirlos. Fué providencia de Dios pasarle por tres universidades tan célebres como las de Alcalá, Salamanca y París, y detenerle siete años en esta última, la más célebre del mundo, para que aprendiese por experiencia, así las dificultades de la vida escolar, como los métodos de enseñanza y la administración interior de colegios y corporaciones literarias. Como veremos á su tiempo, la universidad de París le sirvió de modelo para muchas cosas de las que ordenó en la cuarta parte de las *Constituciones* (2).

(1) *Decreverat ipse aliquantulum Bononiae studere, interim dum socii ex Gallia ad condictum tempus veniebant; nam Domina Isabella Rosell aliquid ei pecuniae Bononiam transmiserat; sed cum nebulas ejus urbis non ferret, Venetias progressus est, ubi socios expectavit.* Polanco, *Vita Ignatii Loyolae*, p. 54. Por la carta escrita á Jaime Cazador en 1536, parece que San Ignacio todavía continuaba estudiando privadamente en Venecia, pues prometió enviar á Barcelona los libros que tiene, luego que haya acabado sus estudios. (Vide *Cartas de San Ignacio*, t. I, p. 30.) No sé si este estudio privado, que no pudo ser gran cosa, bastará para afirmar, como Bartoli (*Vita di S. Ign.*, l. II, c. 1), que Ignacio estudió el curso completo de teología en cuatro años.

(2) De esto hablaremos en el tomo siguiente, al explicar el plan de estudios establecido por Ignacio.

Otra cosa debemos aprender los hijos de la Compañía de los estudios de nuestro santo Padre, y es la diligencia, por un lado, en estudiar, y por otro, el arte de no decaer en la virtud, sabiendo hermanar el fervor de espíritu con la aplicación literaria. Merece copiarse un párrafo del P. Polanco, en que nos declara juiciosamente el primor con que supo Ignacio hermanar la virtud con las letras. Después de referir el célebre hecho de Barcelona, ya contado más arriba, cuando Ignacio deshizo la tentación solapada que procuraba apartarle del estudio con apariencia de devoción, prosigue así Polanco: «Con esta obediencia humilde y fuertemente cierta á Nuestro Señor en aquel su maestro, se quietó por todo el tiempo del estudio de la gramática, y después en París, donde tenía las mismas ocasiones y mayores de ser tibio en el estudio, se quietó y venció por la misma vía, ofreciéndose á su maestro en artes, etc. Y porque solía con el maestro Fabro entrar en pláticas espirituales, que por ser más habituales y gustar más dellas, le hacían también impedimento para los estudios, hizo con él concierto, que por un tiempo no hablasen de las cosas de Dios. Asimismo era su usanza, cuando no tenía otras ocupaciones tomadas por mayor servicio de Dios, como sería cuando andaba en caminos, etc., darse más á la larga á la devoción y mortificaciones, y cuando se ocupaba en enseñar la doctrina cristiana y otras ayudas importantes al prójimo, que requerían mucho tiempo, y también en los estudios, abreviar mucho el tiempo de la oración, contentándose con oír misa y los exámenes de conciencia, y alguna hora para la oración, pareciéndole sería más grato á Dios Nuestro Señor, que diese más tiempo y trabajo á los ejercicios que sólo por su servicio y gloria tomaba. Y así, en los estudios, aunque muchas dificultades tuviese, era uno de los más diligentes y laboriosos.» (1)

Aquí vemos cumplido lo que el mismo santo había de mandar después á los estudiantes de la Compañía: «Cuando se atiende al estudio, como es de advertir que con el calor del estudiar no se entibien en el amor de las verdaderas virtudes y vida religiosa, así las mortificaciones y oraciones y meditaciones largas no tendrán por el tal tiempo mucho lugar, pues el atender á las letras, que con pura intención del divino servicio se aprenden y piden en cierto modo el hombre entero, será no menos, antes más grato á Dios Nuestro Señor por el tiempo del estudio» (2).

(1) Sumario arriba citado, c. II.—(2) Constituciones, parte IV, c. IV.

De este modo procedió en sus estudios nuestro santo fundador, en medio de tantas contradicciones que le atajaban el paso. Á estas dificultades se deben añadir las penosas molestias ocasionadas por sus dolores de estómago y por otros achaques, los cuales se acrecentaron, como nota Ribadeneira, por la grande y perpetua cuenta que traía consigo para irse en todas las cosas á la mano (1). Asombra verdaderamente la firmeza inquebrantable de aquel hombre que, ya entrado en edad, viviendo de limosna, agobiado de enfermedades, obligado á mudar de domicilio por las persecuciones, tropezando por doquiera con denuncias, procesos, golpes, cárceles y cadenas. tiene sin embargo valor y constancia para continuar sus estudios por espacio de once años seguidos. ¡Y si tuviera gusto en el estudiar. Pero como él mismo lo confesó más adelante, ya entonces le daban en rostro los libros. Y se lo creemos sin dificultad. Tomad á un hombre mundano, de esos que reparten su vida entre el teatro, la plaza de toros y el hipódromo, encerradle en un aposento y obligadle á aprender á los treinta años los géneros y pretéritos de Nebrija. Ya veis el gusto que en ello podrá sentir. Pues tal es el caso de Ignacio, que, pasada la juventud en la corte y en los ejércitos, en las justas y torneos, empieza á los treinta y tres años la gramática y la repite en París á los treinta y ocho. Añádase el talento y carácter del santo, que, como eminentemente práctico, se inclinaba más á los asuntos de la vida que á las especulaciones de la doctrina. Finalmente, recojamos esta observación juiciosa de Ribadeneira: hasta los dones de Dios que ya había recibido Ignacio, le estorbaban en el estudio, pues habiendo gustado en Manresa las dulzuras de la contemplación, y sintiendo tanta devoción sensible en los ejercicios espirituales, se le tornaban más desabridas las arideces de los libros.

Pero la gloria de Dios lo quería, y entrando de por medio esta razón, no había imposibles para Ignacio; y así, contra viento y marea, contra la pobreza y las enfermedades, contra las cárceles y persecuciones, contra la inclinación natural y el gusto espiritual, contra el cielo y la tierra, si así puede decirse, llevó adelante durante once años su carrera eclesiástica. ¡Heroísmo sublime, que, á falta de otras pruebas, nos mostraría por sí solo en San Ignacio una de las voluntades más firmes y constantes que se han visto en el mundo!

(1) *Vida del P. Ign.*, t. II, c. I.